

Nicolás Ladeveze, que esto osaba escribir, fué preso de orden del Ayuntamiento; los girondinos le hicieron poner en libertad.

Rotas las hostilidades entre girondinos y montañeses, sus órganos en la prensa, *El Patriota francés*, *La Crónica de París*, de Condorcet, *El Centinela*, de Louvet, *El Diario de los Amigos*, de Fauchet, etc., de una parte, y *El Amigo del pueblo*, *Las Revoluciones de París*, *El Tío Duchesne*, *El Republicano*, diario de los hombres libres, etc., de otra, se descargaron mutuos y recios golpes. En sus escritos, los girondinos ocultán, de igual manera que en sus discursos, bajo frases elocuentes, sus vacilaciones é incertidumbres; los jacobinos, por el contrario, demuestran en sus periódicos la misma inflexible resolución que en la tribuna. Triunfante la Montaña, apenas se oye en la prensa más voz que la suya. La reacción thermidoriana permitió respirar á los periódicos, que se multiplicaron bajo el Directorio; mas el golpe de Fructidor les arrebató de nuevo la libertad, siendo lo peor que ya no debían recobrarla en muchos años.

Entre los periódicos de la Revolución, hay uno que es digno por muchos títulos de que se hable de él en párrafo aparte. Ya comprenderá el lector que aludo á Camilo Desmoulins, de quien habían dicho sus preceptores: *puer ingeniosus, sed insignis nebulo*. Apenas comenzada la Revolución, se reveló como escritor político de primer orden y patriota exaltado, en sus folletos *La Francia libre*, *El Discurso del farol á los parisienses* y otros. En *El Discurso del farol*, se confería á sí mismo la investidura de Procurador general de este improvisado patibulo, con el que amenazaba á los aristócratas reaccionarios; pero, pasada la primera fiebre revolucionaria, se apresuró á presentar la dimisión de la terrible magistratura que se había arrogado, «no creyendo que el pueblo se acostumbrase á enviar el funesto cordón á todos los que le desagradaran». Entonces comenzó á publicar *Las Revoluciones de Francia y del Brabante*, semanario político, en cuyo primer número escribía: «Heme ya periodista; es una misión bastante hermosa. No es una profesión despreciable, mercenaria, esclava del gobierno. Hoy, en Francia, el periodista tiene las tablillas, el álbum del censor, y debe pasar revista al Senado, á los cónsules, al dictador mismo». Para poder publicar dicho semanario, se había asociado con un librero, del cual, á causa de disentimientos sobrevenidos entre ellos, se separó á los seis meses, diciendo: «No queriendo pertenecer, según la división de los tres órdenes establecidos por Mirabeau, ni al de los mendigos, ni al de los bribones, me afilié al partido de los asalariados. Había, pues, celebrado un pacto con Garnery (éste era el nombre del editor) y, dicho sea sin ofenderle, me embarqué por seis meses en una galera; era una navegación harta larga, en un mar tempestuoso, para un pobre diablo, encargado de toda la maniobra, que componía por sí solo toda la chusma; para un perezoso, que amaba la costa y no había sido arrancado de ella, como el comerciante, por la sed de oro, ni esperaba al fin del viaje montones de piastras y goces exclusivos, sino bienes comunes á todos los hom-

res, la igualdad, la *auream mediocritatem* de Horacio, la porción cóngrua y la legítima debida al trabajo». Sus donaires, su talento original y fecundo, su estilo chispeante, vivo, animado, rico en imágenes, su entusiasmo por las ideas republicanas, le conquistaron fama y autoridad. En sus polémicas, es á la vez ingenioso, festivo, zumbón, incisivo. No le arredra el número de sus adversarios; discute con todos á la par; deja maltrecho á uno y se dirige contra otro sin tomar aliento; defendiéndose de los ataques de Barere, se interrumpe de pronto para exclamar: «Aguárdate, Hebert, soy contigo en seguida». Su principal título de gloria es *El Viejo Cordelero ó franciscano*, que estudiamos desde el punto de vista político en el capítulo séptimo de este tomo, y del que dice un historiador, que es acaso la obra más elocuente de la Revolución y que, á ciencia cierta, ni antes ni después ha producido el periodismo nada semejante. «Las *Memorias* de Beaumarchais, agrega, no revelan mejor ingenio; pero carecen del encanto, de la gracia, de lo patético, que constituyen la originalidad del periódico revolucionario. El estilo de Luis Courier está más castigado; mas no llega á la abundancia ni á la naturalidad del de Camilo. Beaumarchais y Courier tienen la acritud y la amargura propias del género que cultivan; Desmoulins, tan vigoroso como el primero, tan incisivo como el segundo, dulcifica, por decirlo así, sus sátiras más mortales con los caprichos y las fantasías de su imaginación, nutrida de los recuerdos de la antigüedad. Sus citas y reminiscencias clásicas, su erudición, lejos de tornar lánguido y flojo su estilo, le vivifican, le apasionan, le animan, le prestan alas».

ESPAÑA.—En los comienzos del siglo diez y ocho, no pareció que las letras españolas pudieran recobrase de la postración en que habían caído. El uso desmedido de la hipérbole, el conceptismo, las extravagancias gongorinas, de que en su mayor parte no se libraron nuestros más grandes poetas de la centuria precedente, lunares en ellos que frecuentemente sólo denotan exhuberancia de vida, conviértense en sus sucesores en manchas gangrenosas, que corroen el cuerpo entero de la patria literatura, bien así como, en un terreno demasiado fértil, la ortiga y el jaramago que aparecen al menor descuido, acaban por invadirlo todo y ahogar cualquier otra vegetación sino se arrancan pronto de raíz. Salieron, al fin, las musas castellanas del desmayo en que yacían; mas no engendrado el renacimiento que se iniciara en el despertar vigoroso del alma nacional, sino en impulsos venidos de allende el Pirineo, lleva impreso el sello de la influencia que lo produce. Debiéronse los fundamentos de la reforma á don Ignacio de Luzan, que publicó en mil setecientos treinta y siete su célebre *Poética*, la cual, á poco de ver la luz, ganara autoridad absoluta en materias literarias. Sentaba este libro los cánones del buen gusto, aunque abría á los ingenios horizontes sumamente reducidos, como que se encerraba en los

del pseudo-clasicismo francés. No sin protesta y lucha por parte de algunos escritores, de los que fué el más decidido campeón de la antigua escuela don Vicente García de la Huerta, las doctrinas expuestas por Luzan y los muchos que le siguieron se granjearon el favor de los doctos y el aplauso de la opinión, para bien de las letras; pues justo es reconocer que, cuando menos, las sacaron de los descaminos por donde andaban. Triunfantes las nuevas ideas, avasallaron tanto la poesía dramática como la lírica y los demás géneros literarios. Sin embargo, como en tales casos suele acontecer, la reacción fué más allá de lo debido, y queriendo huir de las exageraciones gongorinas, se cayó en el vicio del paroxismo, calamidad no menos funesta. No nos incumbe seguir las fases de este proceso, bastando á nuestro propósito recordar que, hacia fines del siglo, esto es, en el periodo que estamos historiando, el prosaismo comenzó á perder la omnimoda influencia de que gozara en los últimos años del reinado de Carlos III y en los primeros del de Carlos IV, con lo que, salvado dicho escollo, la era literaria que había inaugurado la *Poética* de Luzan llega á sazón completa y da sus más preciados frutos. El público se hace más exigente; la crítica, más severa; el gusto se depura. En esta restauración de las letras patrias, desempeña el principal papel don Juan Meléndez Valdés, que, con su versificación primorosa, las galas de su estilo, su dulzura, su amenidad y su gracia, fué el hechizo de sus contemporáneos. Era también capaz de remontar el vuelo á grande altura, como lo prueban sus odas al *Fanalismo*, á la *Gloria*, á las *Artes* y otras composiciones; pero el campo donde cosechara más rica mies fué el del amor alegre, ligero y un tanto voluptuoso. Su égloga *Batilo*, que, según la expresión del obispo y académico Tavira, «olía toda á tomillo», no desdice comparada con las mejores de Garcilaso. La crítica moderna ha rebajado mucho el mérito de este poeta; mas con su soltura artística, la flexibilidad de su numen, su espontaneidad y, sobre todo, su fuerza descriptiva, se conquistó un lugar propio en el parnaso español, del que nunca podrá ser desalojado.

Maestro y amigo de Meléndez fué Jovellanos, y amigos y discípulos suyos Cienfuegos y Quintana. Don Gaspar Melchor de Jovellanos es gloria de su época y uno de los hombres que más honran á España. Magistrado integérrimo, ministro, que abandonara el poder por no prestarse á torpes complacencias, cultivador asiduo de la Historia, de las ciencias políticas y la economía, crítico notable, excelente hablista, gran orador, le eran familiares casi todos los géneros literarios. Derramó doquier puso la pluma los dones de su privilegiada inteligencia, y son magníficas sus epístolas *Desde el Paular*, *Á Cean Bermúdez*, *Al Duque de Veragua*; de subido color sus sátiras, y abundante en bellezas y rasgos de primer orden su comedia *El delincuente honrado*. Cienfuegos es un poeta vehemente é impetuoso, desigual, incorrecto, á veces declamatorio y ampuloso, pero siempre enamorado de la justicia y de todo lo bueno y sublime. Distinguese de casi todos sus contemporáneos en que, apartándose del amaneramiento y frialdad puestos en moda por los reformadores,

siente con energía y escribe lo que siente. Decían de él los *humanistas* que atropellaba la lengua, que caía en la afectación, que no sabía hermanar la libertad con el buen gusto. Aunque estas censuras sean legítimas, debe reconocerse, no obstante, que sabía arrancar á su lira notas ya de varonil aliento, ya de dulce y verdadera melancolía. De Quintana hablaremos al tratar del período siguiente; porque, si bien nacido y educado en el siglo diez y ocho, su colosal figura se eleva á modo de faro gigantesco entre el siglo pasado y el actual.

Los escritores que hemos citado, con Forner y algún otro, son los más notables de la llamada escuela salmantina; porque en la ciudad del Tormes es donde primeramente ejercieron su saludable imperio las nuevas ideas, propagándose desde allí y desde Madrid á toda España.

Mayores quizás que en el resto de la Península, habían sido los excesos y descarríos de la ignorancia y el mal gusto en Andalucía. Sevilla, cuna de tantos ingenios peregrinos en la buena época, estaba infestada de vulgarísimos copleros, de poetas pedantes y adocenados. Trigueros, Olavide, Jovellanos, el padre Mira y algún otro, habían intentado redimir á las letras sevillanas de la vergonzosa esclavitud á que vivían sujetas. Sus esfuerzos resultaron estériles por el momento; mas la semilla que depositaran fructificó al cabo. Algunos estudiantes fundaron, hacia mil setecientos noventa y tres, la sociedad intitulada *Academia particular de Letras Humanas*, bajo los auspicios y con la protección resuelta de Forner, que desempeñaba á la sazón la fiscalía de la Audiencia de Sevilla; y aunque les suscitaron cuantas dificultades pudieron los amantes de la rutina, los noveles académicos, con su juvenil entusiasmo, su constancia y su talento, triunfaron de todos los obstáculos, naciendo así la que se ha denominado moderna escuela sevillana, cuya influencia hubo de sentirse en diferentes ramos del saber, y, más que en ninguno, en la poesía y la crítica. Esta escuela pretendía resucitar la antigua de los Herreras, los Riojas y Jáureguis; empeño quimérico, con el que demostraba cuán equivocado concepto tenía de la naturaleza y misión de la Literatura y aun del Arte en general. Sin embargo, su mérito no es poco; pues dió notable impulso á la cultura literaria en Andalucía, é hizo recobrar parte de su perdido esplendor á la poesía sevillana, á lo menos, en punto á las galas del lenguaje y á la pureza de la dicción.

En contacto constante con el público, de quien necesita ser comprendido y al que tiene que agradar, refleja el autor dramático en sus obras las costumbres y civilización de los pueblos con más fidelidad que la poesía lírica, cuyo carácter predominantemente subjetivo la sustrae en cierto grado á la influencia del medio social; de donde fácilmente puede colegirse la suerte que hubo de caber al teatro en los tristes días de universal decadencia con que se abre para España el siglo décimo-octavo. El restaurar, por tanto, el teatro, fué uno de los más vivos anhelos de los literatos reformadores; mas, siguiendo el

empuje incontrastable de la corriente, se quiso escribir tragedias y comedias clásicas. En el género trágico, se tradujo á Corneille y Racine y, más tarde, á Voltaire y á Alfieri, y se procuró imitar á estos autores en obras originales, que no fueron sino ensayos, poco felices en su mayoría. Más lisongeros resultados se obtuvieron en el género cómico; aquí, tras tentativas más ó menos afortunadas de don Nicolás Fernández de Moratín, Jovellanos, Trigueros y Forner, alzóse con el cetro de la escena don Leandro Fernández de Moratín, que rehabilitó el teatro y lo elevó á la perfección de que era susceptible, dados los estrechos moldes de la escuela. Se dió á conocer Moratín como autor dramático en mil setecientos noventa, con *El Viejo y la niña*, comedia que fué muy bien recibida del público; y dos años después, crecía extraordinariamente su fama al representarse su *Comedia nueva ó El café*, sátira graciosa y sangrienta, en que clava en la picota del ridículo á los malos escritores que deshonraban la escena con sus disparatados engendros. Posteriormente, erigiéndose en censor de las costumbres, fustigó sin piedad la hipocresía en la *Mogigata*, que concitó en contra suya los odios conjurados de la envidia literaria y el fanatismo religioso, los cuales le movieron cruda guerra tomándolo por blanco de una persecución sorda é implacable. Su mejor comedia, *El sí de las niñas*, corresponde, con otras, al periodo siguiente.

Además de la comedia y la tragedia, se cultivó en España el siglo pasado la zarzuela, que tanta boga había de tener en el actual, escribiéndose también esas piececillas ligeras llamadas sainetes, género que, por el tiempo á que nos referimos, había levantado á la mayor altura que ha podido alcanzar el famoso don Ramón de la Cruz, escritor chistoso, ocurrente, graciosísimo, sagaz observador y pintor inimitable de tipos y costumbres del pueblo madrileño.

A medida que el siglo último avanza á su término, la literatura española, bajo el influjo también de las ideas venidas del otro lado de los Pirineos, va adquiriendo el carácter social y político propio de la época, y su importancia, desde este punto de vista, supera, como en Francia, á su valor estético.

Merced al gobierno sabio, liberal y prudente de los ministros de Carlos III, despertaron las inteligencias del letargo en que se hallaban sumidas, y las doctrinas de los enciclopedistas, salvando la frontera, penetran en los salones aristocráticos, en los círculos de hombres de letras, en las aulas de las universidades y hasta en los claustros de los conventos. Muy divulgado el conocimiento del francés, circulaban y se leían ávidamente en su idioma nativo los escritos de Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Volney, Dupuis y otros. Traducciones no se publicaron hasta más adelante, porque entonces no las habría consentido la censura. No dormía ésta ciertamente. La Inquisición menudeaba sus anatemas, y el poder real dictaba órdenes severísimas para impedir que se introdujesen en España las obras comprendidas en los Índices expurgatorios; mas el resultado distaba

mucho de corresponder al intento. Las condenaciones de la Inquisición no tenían ya la eficacia que años atrás, y respecto á la vigilancia ejercida por las aduanas, los revisores encargados de presidir al reconocimiento de libros no pecaban de escurpulosos, unas veces por ignorancia y otras por malicia, aparte de los ardidés puestos en juego para burlarlos, como era, entre otros, el de rotular los tejuelos con títulos y nombres que inspirasen confianza, de tal suerte que más de un ejemplar de *Las Ruinas*, ó del *Cándido*, ó del *Contrato Social*, franquearon la frontera bajo el manto protector de un San Agustín ó de un Santo Tomás. Por otra parte, había menos rigor cuando se trataba de obras puramente literarias. En estas materias, gozaba Voltaire de autoridad indiscutible, y si se le proscibía como filósofo, se le rendían parias como historiador y como autor dramático. Se permitió, pues, que se vertieran al castellano y aun se representaran sus tragedias y comedias. También se tradujo á Alfieri, á quienes siguieron Cienfuegos en el *Idomeneo* y el *Pitaco*, y Quintana en el *Pelayo*.

Rotas las antiguas barreras, cundió el espíritu de examen; entróse la crítica por campos antes vedados, y la sociedad, estacionaria durante tanto tiempo, sintió quebrantarse su fe religiosa y se mostró inquieta y afanosa de novedades políticas. La prensa periódica empezó á tomar parte activa en esta transformación. Reinando Carlos III, había salido de las prensas el primer periódico verdaderamente político que se conoció en España, *El Censor*, que, según dice Sempere, «manifestó miras arduas y arriesgadas hablando de los vicios de la legislación, de los abusos introducidos con pretexto de religión, de los errores políticos y de otras cosas semejantes». Delatado á la Inquisición, su director, don Luis Cañuelo, tuvo que abjurar y dejó de publicar el periódico á los cuatro años de haberlo fundado; más no era ya posible atajar la corriente, y de las cenizas de *El Censor* nacieron, animados del mismo espíritu, *El Corresponsal del Censor* y *El Correo de los Ciegos de Madrid*. A partir de mil setecientos ochenta y nueve, la espectación producida por los sucesos que se desarrollaban en Francia, hizo que se buscaran ansiosamente los periódicos. «Hasta los mozos de esquina (escribía el padre Estala á Forner en mil setecientos noventa y cinco) compran la *Gaceta*. En las tabernas y en los altos estrados, junto á *Mariblanca* y en el café, no se oye más que batallas, revolución, Convención, representación nacional, libertad, igualdad».

En todos ó casi todos los escritores del último tercio del siglo, se revela claramente el estado de agitación de los ánimos y el cambio operado en las inteligencias de las clases instruidas. Meléndez Valdés abomina de la intolerancia y el fanatismo, canta á la razón y al progreso, y aunque por la índole del talento del suave cantor de *Batilo* y *Filis*, sus escauceos filosóficos semejan ser á menudo simples artificios de retórica, de su manera de pensar nos ofrecen testimonio irrecusable las palabras de su discípulo y biógrafo Quintana, que afirma era la misma de Turgot, de Condorcet y «de tantos otros hombres respe-